



RAMIREZ APARICIO

LOS CONVENTOS  
SUPRIMIDOS

BX2530

R34

~~002895~~



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080016456

e.

**LOS CONVENTOS SUPRIMIDOS  
EN MÉJICO.**

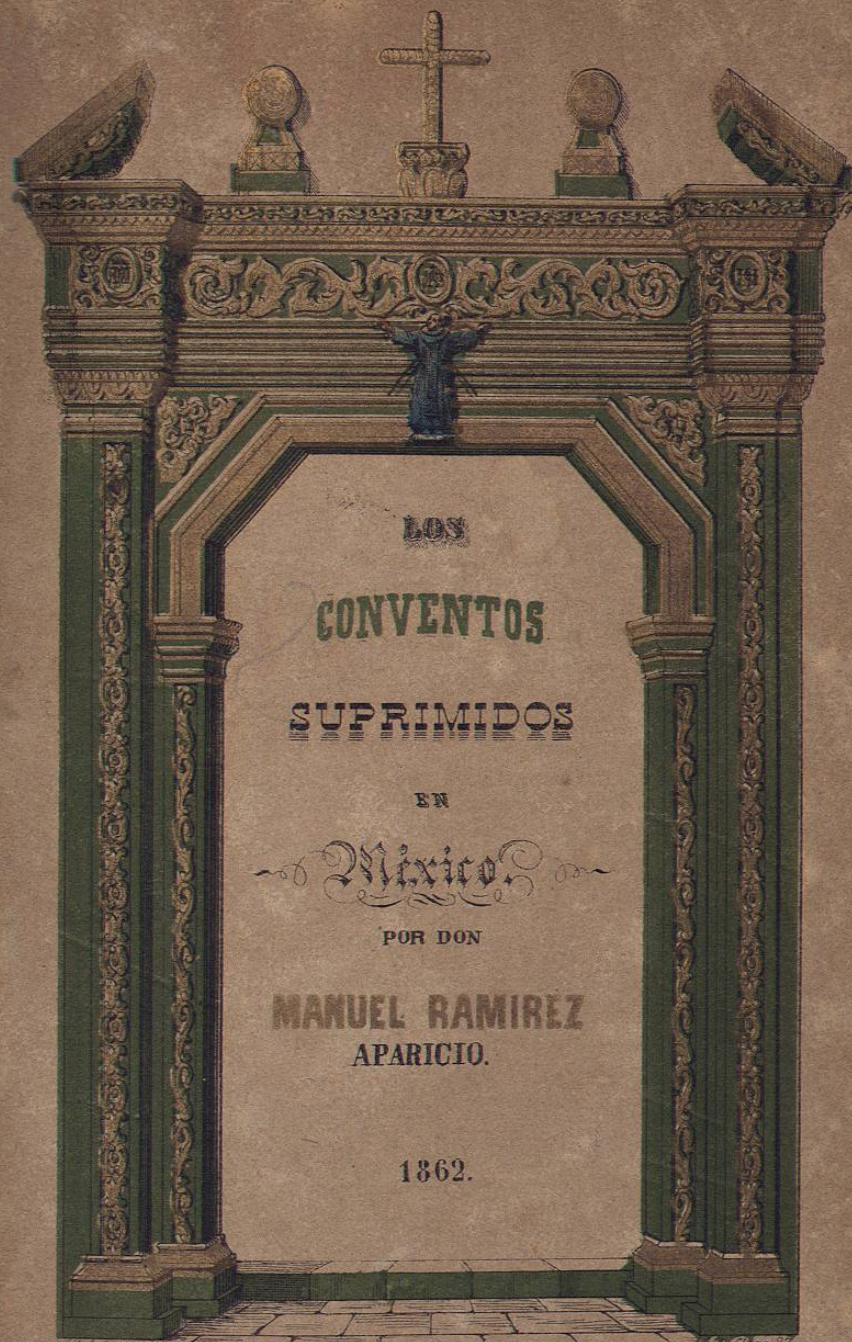
E  
HEM

E  
HEMI

LOS CONVENTOS SUPRIMIDOS

EN MEXICO

7x  
MOP



11. de marzo 97.

11. de marzo 97.

Entrada al Coro de S. Francisco.

**LOS**  
**CONVENTOS**

**SUPRIMIDOS EN MÉJICO.**

ESTUDIOS BIOGRAFICOS, HISTORICOS  
Y ARQUEOLOGICOS

POR  
**D. MANUEL RAMIREZ APARICIO.**

Sine gratia aut ambitione, bonae tactum  
conscientiae pretio.  
Sciunt quibus moris est illicita mirari,  
posse etiam sub malis principibus  
magnos viros esse.

TACITO, VIDA DE AGRICOLA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Valverde y Tellez

AGUILAR E IRIARTE, EDITORES.

MEJICO.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE J. M. AGUILAR Y  
primera calle de Santo Domingo nº 5. *Biblioteca Universitaria*

1861.

40242



BX2530

R34



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Biblioteca Universitaria

## INTRODUCCION.

Preciso es aceptar los sucesos como vienen. A fines del año pasado y principios del corriente asomó la revolucion por las calles de la capital con la sonrisa en los labios y la frente coronada de gloria: tuvimos días de regocijo febril, incomparable, inmenso; vivas y gritos frenéticos, casas engalanadas, banderas flameantes de todos colores y matices, arcos suntuosos, flores y guirnaldas para los vencedores, triunfos menos ceremoniosos, menos oficiales, mas sinceros que los de los antiguos romanos, y lo mas notable de todo, repiques á vuelo que escuchaba el sol al dejar los brazos de la aurora, y seguian tributándole estrepitosas armonías aun despues de reclinarse á descansar en su lecho de púrpura.

Mas ¡oh triste condicion del humano linaje! ¿por qué la alegría de unos se compra á costa de la amargura y padecimientos de otros? Para que un hombre sea feliz, ¿por qué es forzoso que sea desgraciado su semejante? No tratemos de romper los sellos del libro del destino.

Lo cierto es que en medio de la grandiosa fiesta no faltaban escepciones de luto. Entre los rostros animados con el color sonrosado de la dicha, habia otros, y no pocos, desencajados por la sorpresa y el desaliento: las miradas de amor y de júbilo se cruzaban con las miradas centelleantes de cólera, ó empañadas con el desden. Por entre nuestros hermanos del bando vencedor se deslizaban nuestros hermanos del bando vencido.

Entre los grupos que se formaban en las aceras pasaban escenas curiosas. Hallábase un jóven charlando y riendo con algunos amigos en la tercera calle de San Francisco. Repentinamente un sugeto misterioso le dirige la palabra en estos términos:

—Caballero, ¿me permite usted un instante? . . . .

—Mándeme usted, contesta el jóven, dejando su alegre compañía y alejándose algunos pasos.

—¡Vaya! ¿con que no me conoce usted?

002895

—Me parece que... nunca he tenido ese honor... ¡Ah!... vamos... sí... ¿no es usted Fr. M?...

—¿Es posible que tan olvidadizo sea usted?

—Pero, *pater*, ¿cómo iba á descifrarlo si está usted hecho un enigma, un geroglífico egipcio?

—Calle, hermano, por amor de Dios, no me comprometa; mas bajo, mas bajo.

—¿Qué miedo es ese, si está usted inconocible con el disfraz!

—Pero no faltará algún oficioso que...

—¿Y qué?

—Las iras populares...

—Hombre, ¿viene usted de la luna! ¿tan poco así conoce usted el corazón de sus paisanos?

En efecto, nuestro fraile nada tenía que temer, y por lo demás al jóven le sobraba razón. ¿Quién podía adivinar á un ex-religioso en un elegante *rojo* de corbata encendida, sombrero á la Garibaldi y varita flexible?

De estas metamorfosis tuvimos innumerables, pero incesarias, porque á ninguno se persiguió, á ninguno se maltrató; y si el día siguiente á la entrada de las huestes victoriosas quedaron vacíos los conventos, no fué menester valerse para ello de la fuerza: el hecho se verificó en silencio, sin aparato, como un fenómeno en que no se piensa, como el fruto maduro que cae por su propia virtud.

Otra cosa pasó en la refundición de las comunidades de religiosas.

Una noche—¡noche terrible!—se oyó rodar por las calles un desusado y prolongado estruendo: no parece sino que todos los coches de la ciudad se han vuelto locos, y vagando ora por aquí, ora por acullá, han dado en la tema de no dejar dormir á los pacíficos moradores. —¿Qué será eso? preguntábamos á la almohada, ¿qué sucederá?

Entre tanto, paraban los carruages á las porterías de los conventos de monjas, y los *ciudadanos comisionados* se entraban de rondón, intimando á las reverendas la orden de exclaustarse para ir á mudar aires á otro monasterio.

—Pero, señores, ¿por amor de Dios!...

—¿Cómo puede ser eso?

—Sea lo que Dios dispone.

—Hágase su voluntad.

—Pero ¿adónde hemos de ir? ¿esto es inicuo!

Tales eran las frases que interrumpían el silencio pavoroso del claustro: pero los ínclitos ciudadanos comisionados tenían una tapia en los oídos, y á todas las observaciones solo contestaban, restregándose las manos:

—Vamos, vamos, *señoritas*, no tenemos tiempo que perder.

En efecto, el tiempo era limitado... la noche... porque de día tal vez... los ciudadanos comisionados hubieran tenido... asco de penetrar en los conventos, ó bien porque solo de noche pueden llevarse á buen término ciertas travesurillas ministeriales.

Es fama que algunas pícaras novicias al oirse llamar *señoritas* olvidaron por un instante su dolor y sonrieron... No faltó madre de las que aun no entran de lleno en la categoría de las monjas *graves*, que hiciese lo mismo. Y despues de todo, ¿no será excusable semejante falta, que no pasa de venial? Una muchacha linda y fragante como una azucena ¿no se fastidiará de oirse llamar todo el día y á toda hora *madrecita, mi reverenda madre, cómo está su reverencia?*

Pero volviendo á los ciudadanos comisionados, es menester hacerles justicia: se manejaron de perlas, porque son hombres *come bisogna*; y á la mañana siguiente, cuando todos nos preguntábamos qué sucedió anoche, se nos contestaba en tono festivo, indiferente ó sepulcral:—han exclaustado á las monjas.

—¿Cómo así?

—Como lo oye usted; se han refundido unas comunidades en otras, y todos están yendo á visitar los conventos vacíos.

Este es un suceso de los que, como decíamos al principio, es preciso aceptar. ¿Viene de Dios? ¿viene de Satanás? Todo puede ser, mayormente si el lector opina como algunos, esto es, que Satanás es... todos nosotros.

Pero despues de tan estrañas aventuras, apareció la destrucción con semblante azorado, y con su pesada barreta empezó á descargar golpes furibundos sobre los desdichados conventos.

Este es otro suceso como los demás: es preciso tambien aceptarlo; mas no como viene, porque podemos influir en él, ó siquiera en sus consecuencias. Y aquí disimule el lector que perdamos los estribos.

¿Ya no hacen falta los frailes? ¿son plantas sin sávia? ¿los conventos ya no ejercen en la sociedad actual la benéfica influencia que en los primeros años de su establecimiento?



En hora buena. ¿Pero nada les debemos? ¡ya nos descargamos de nuestra deuda de gratitud!

La revolucion ha sacudido esos mundos paralizados como una revolucion geológica.

¿Pero dejaremos perecer en el sueño del olvido la memoria de algunos hombres virtuosos que florecieron en el claustro y dieron frutos de bendicion? ¿Echaremos por tierra física y moralmente esos monumentos seculares que fueron alguna vez el asilo del infortunio y de la ciencia desvalida?

No fueron siempre los institutos monásticos lo que por desgracia llegaron á ser despues.

Penetrado de esta verdad, no he vacitado en presentar á mis conciudadanos el fruto de los ESTUDIOS que he emprendido sobre los conventos suprimidos en esta ciudad; acaso vendrá dia en que pueda estenderlos á los de otras poblaciones de la República. Esta es la pequeña ofrenda con que contribuyo para satisfacer la deuda que contrajeron nuestros abuelos. Obra laudable ha sido amputar del cuerpo social los miembros que ya no daban señales de vida; pero la posteridad tomará cuenta á la actual generacion del uso de su fuerza, y le echará en cara su desdeñoso abandono si no le ofrece el perfume de algunos recuerdos ilustres salvados entre los escombros de la demolicion.

## SANTO DOMINGO.

### I.

#### LAS MOMIAS.

**P**ERO entremos en materia. ¿Se dignará el lector seguirnos al convento de Santo Domingo? Al presente seria nuestro paseo un si es no es laborioso, porque eso de emboscarse en un laberinto de columnas truncadas y arcos á medio derribar, pisando fragmentos de cornizas, tropezando con arabescos y hundiéndose en colinas de cascajo y polvo; eso, repetimos, no es ya un paseo, sino un via-crucis edificante, una peregrinacion á Palestina. Pero meses hace la visita que proponemos tenia un carácter muy diverso: era positivamente un rato de solaz; y como vamos á retroceder hasta esa época, confiamos en que no será desechada nuestra invitacion.

Era una tarde. . . . la mas sóbria en poesía que imaginarse pueda; era una tarde. . . . así, como las de la mayor parte del año, con sus pretensiones de serenidad, sus antojos de lluvia y sus coqueterias de arco-iris y celajes.

El muro celoso que ceñia el atrio del convento aun estaba en pie: la cerca, la formidable cerca que habia rehusado jurar la constitucion y habia protestado contra las leyes de reforma, estaba renuente á inclinarse ante los laureles de Calpulálpán.

A la entrada se veia sentado en un banco el oficial de la guardia que custodiaba el edificio. Era un árgos benigno que dejaba libre paso á todos los curiosos, y se hallaba á la sazón